LA PROTESTA

PORTE PAGO **SUPLEMENTO QUINCENAL**

SVMARIO

MAX NETTLAU: *William Morris y su utopía "Noticias de ninguna parte"...*

RUDOLF ROCKER: *Contra una ley infame.*

JOSE C. VALADES: *El concepto de la historia. ¿Agrarismo tradicional?*

A. KARELIN: *¿Qué es la Anarquía?*

PEDRO KROPOTKIN: *Revolución social y reconstrucción económica.*
El mundo en cifras.
Bibliografía.

CERTAMEN INTERNACIONAL

E. LOPEZ ARANGO: *Doctrina y táctica. — El problema de la tierra y la cuestión campesina.*
LUIS FABBRI: *Las dictaduras contra la libertad de los pueblos.*

EL EJEMPLAR 20 CTS.

Núm. 262
AÑO VI

PRECIO 5 centavos

LA PROTESTA

PORTE PAGO

DIARIO DE LA MAÑANA

SUPLEMENTO QUINCENAL

Aparece los días 15 y 30 de cada mes

REDACCION, ADM. Y TALLERES: PERU 1537— BUENOS AIRES. — SUSCRIPCION: $ 1.20 EL TRIMESTRE. —NUMERO SUELTO: 20 CENTAVOS
CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA A M. TORRENTE

HISTORIA REVOLUCIONARIA, SOCIOLOGIA, PROBLEMAS TEORICOS Y

TACTICOS DEL ANARQUISMO, CRITICA SOCIAL, BIBLIOGRAFIA, ESTADISTICAS

Los camaradas del exterior pueden conseguir esta revista dirigiéndose a las direcciones siguientes:

NORTE AMERICA

STEUBENVILLE (Ohío)
R. Lone. P. O. Box 256.

NUEVA YORK
"Cultura Obrera"
S. O. Box 35, Station D.

FRANCIA

PARIS
Librería Internacional. 72, Rue des Prairies

LYON
C. de E. Sociales, 86 Cours Lafayette.

PERPIGNAN
A. Mongot. Rute du Vernet núm. 52.

VALPARAISO
Abraham Díaz. Correo 2, Casilla 4048.

ESPAÑA

BARCELONA
Tomás Herrero. Cadenas 39.

MEXICO

EN LA CAPITAL
J. C. Valadés. Mérida 164.

MONTERREY
R. Banajas. Wáshington 156.

CHILE

SANTIAGO
Luis H. Heredia. Correo 3, Casilla 5015

BULNES
Javier Urrutia A., Casilla núm. 1.

ANTOFAGASTA
M. Esprella.

URUGUAY

Américo Cabrera, Correo de La Teja—Montevideo.—

LA PROTESTA

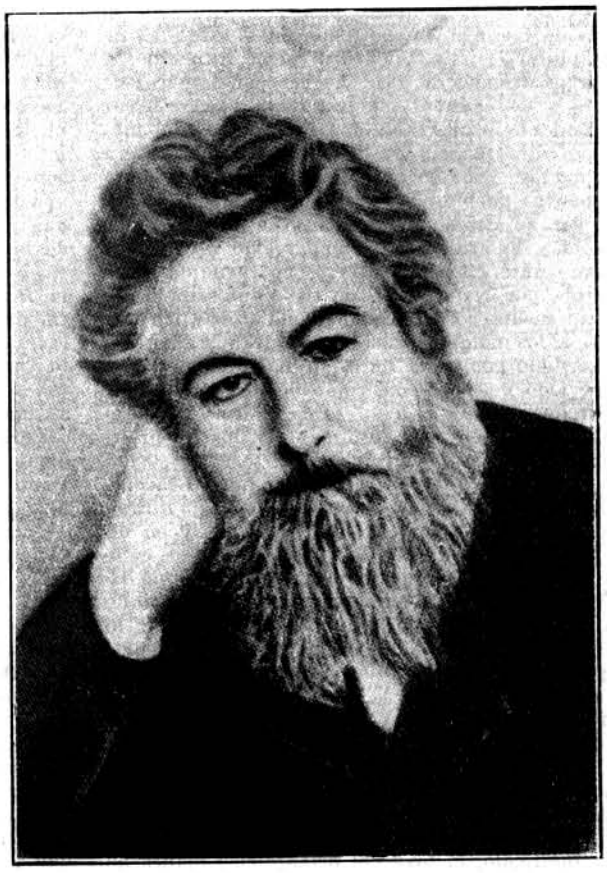
PORTE PAGO **SUPLEMENTO QUINCENAL**

AÑO VI — Buenos Aires, 2 de Mayo de 1927 — N.o 262

MAX NETTLAU:

William Morris y su utopía "Noticias de ninguna parte"

Las *Noticias de ninguna parte* de William Morris son tal vez la más bella afirmación moderna del socialismo libertario: son el producto maduro de un hombre cultivado e instruído, poeta, artista y artesano en arte aplicado, naturaleza fuerte y sana, penetrado de un socialismo imbuído de sus necesidades y voliciones humanas, sociales y revolucionarias tanto como aspirante a la belleza y a la armonía, y ese hombre había pasado cerca de una decena de años como militante, entregándose a todas las necesidades de una propaganda joven, abnegada, sin embiciones personales de un socialismo que él quería integral, que transformase al hombre entero, y no que tocara sólo algunos problemas económicos y administrativos, confiándolos a nuevos jefes y procreando electores y organizaciones infladas de miembros nominales, jamás procreando el verdadero socialismo. Eso pasó en Inglaterra desde los años 1880 a 1890, en pleno Londres y sus alrededores — porque Morris no perdió nunca el contacto con el campo, como su gusto y sus estudios le transportaron aun en plena edad media, al tiempo de las ciudades libres, de los artesanos que fueron igualmente artistas, y su conciencia del mal del tiempo presente, su repulsión de la fealdad uniforme del capitalismo triunfante, su voluntad de ponerle un fin le trasportaron al porvenir, visiones cuyo más bello producto fueron las *Noticias de ninguna parte*.



William Morris

Aunque este libro aparecido en 1891 existe en francés, en italiano, en español, la crítica se ocupó de Morris sobre todo como renovador del arte aplicado, un poco en Francia y en Bélgica, pero muy poco de su socialismo, y, aparte de estas traducciones, nadie se ocupó de él, por decirlo así, en Italia y en España. En Alemania y en otros países se hizo, como en Francia, en Bélgica, en Estados Unidos. Es que, como voy a tratar de describirlo más en detalle, Morris no profesaba el anarquismo puro, pero en los años de su verdadera actividad socialista, estaba lejos de toda ilusión sobre el socialismo electoral y reformador: era, pues, a la vez un herético peligroso para los socialdemócratas, y un socialista de los más libertarios, pero que rehusaba reconocer la anarquía completa, lo que hizo de él un problema incomprensible o que no interesaba a la gran mayoría de los anarquistas, sobre todo a aquellos a quienes la falta de conocimiento del idioma, del ambiente y del movimiento inglés hacían inaccesible el estudio de su obra y de su personalidad.

Fué una omisión lamentable, en mi opinión, porque Morris era precisamente una fuerza auxiliar libertaria de las más preciosas, y son tales fuerzas, tales hombres de la mejor y más grande voluntad y de talento verdadero los que habría que haber alentado, atraído hacia nosotros, y no desinteresarse de ellos, porque no aceptaban de golpe la anarquía revolucionaria más completa.

He aquí un resumen de los más sucintos de la vida de Morris antes de su acción socialista pública, asunto profundizado en varias grandes y pequeñas biografías y en el estudio igualmente profundizado que se ha hecho y continúa haciéndose de los hombres notables en poesía, en arte, en pensamiento, que ha flanqueado estrechamente.

Favorecido por la riqueza sólida de su padre, un comerciante acomodado, fué igualmente favorecido al pasar su infancia — nació en 1834 — en una bella casa de campo al borde de uno de los raros bosques ingleses. Allí y más tarde en una escuela de internado, preparatorio para la universidad, mostró ya sus rasgos característicos, ensueños poéticos que se referían a los tiempos de los caballeros y de los buenos actos, la necesidad al mismo tiempo de alguna actividad productora manual, fortaleza, actividad, solidez reunidas a la impaciencia, la impetuosidad. En la universidad de Oxford donde debía hacer primeramente estudios de teología, se asoció pronto y para toda la vida con Edward Burne-Jones, más tarde el famoso pintor, y asistió a los diversos esfuerzos de esos años después de 1848, hechos por hombres de talento y de espíritu independiente para escapar a la fealdad insoportable de esos tiempos del más sórdido capitalismo y de la hipocresía más mísera imaginables. Esos jóvenes burgueses no se aproximaban al pueblo, sino a una edad media idealizada por su deseo de encontrar en alguna parte lo bello y lo armonioso, desaparecido de la vida presente ante ellos. Inglaterra, no invadida y no sometida por Napoleón I, no fué impulsada hacia la edad media por el nacionalismo romántico que movió a los hombres sensitivos que buscaban así un consuelo contra la opresión nacional presente del período de Napoleón, como de los años de reacción que siguieron a su caída. Pero el capitalismo fué otro invasor formidable y los no proletarios, ante él, se refugiaron en el *torysmo social*, inaugurado por d'Israeli, el futuro Lord Beaconsfield, — en el *catolicismo* o una *iglesia anglicana ritualista*, aproximada al *catolicismo*, — y en un arte medioeval que para los débiles fué ese esfumamiento del arte robusto y sano, el *pre-rafaelismo enfermizo*, y para hombres vigorosos, llenos de vida y de necesidad de actividad, como Morris lo estuvo, fué la edad media de las potentes catedrales góticas, de las cofradías de artesanos que fueron artistas, y también la edad media de hombres de imaginación poblada con las mitologías y tradiciones antiguas, en una palabra, esa edad media que — como se la figuraba al menos — produjo hombres completos, que sobresalían en artes múltiples, por el pensamiento, por el vuelo de su fantasía, en la ejecución manual, por el bello manuscrito iluminado, la joya del orfebre, los planes de las catedrales y a la vez su decoración en detalle, de naturalezas como lo fueron Miguel Angel y Benvenuto Cellini, los Albrecht Durero, los Leonardo da Vinci y otros. Morris, que había tratado un momento de hallar esa vida amplia en la teología de la edad media, abandonó pronto ese terreno estrecho, y la encontró en lo sucesivo en el conjunto de la poesía y de las artes en todas sus aplicaciones medioevales. Comienza a escribir poesías abundantes, pero va igualmente cuando puede a Francia para examinar las iglesias góticas. *Las iglesias del norte de Francia*, en *The Oxford and Cambridge Magazine*, febrero de 1856, es uno de sus primeros escritos. Y de la universidad pasa al estudio de un arquitecto de renombre, donde durante dos años aprende mucho, pero sobre todo se inspiró en la idea que a la casa bella hace falta la decoración interior, el mueblaje, etc. de valor parecido y que era preciso sustraer *el todo* a la influencia afeadora del utilitarismo moderno que, en aquella edad de suprema corrección y respetabilidad estaba en su apogeo en Inglaterra y en otras partes.

William Morris no era de ningún modo un creador, un inventor, un hombre que trazaba vías nuevas; era por excelencia el hombre de buen gusto, de sentido práctico, de necesidad de belleza y de armonía, que arregla, decora, embellece, produce un conjunto armonioso. En poesía manipula en primer lugar la edad mística del rey Arthur y de la Table ronde, los amores de la reina Genoveva y de Lanncelot, después la edad igualmente mítica de Jasón, Medea y del Toisón de oro; luego, en su obra capital, 1868-70, *The Earthly Paradise*, el Paraíso terrestre, imita el género de los peregrinos de Canterbury de Geoffroy Chancer y se hace el relator de numerosas novelas antiguas y medioevales. Traduce a Homero y a Virgilio y manipula libremente la literatura icelándica en *Sigard el Volsung* (1876). Sobre el fin de su vida se crea un ambiente fantástico propio, que no es ni la mitología del pasado ni la utopía del porvenir: son esas historias relatadas en prosa que se pueden llamar ante-históricas, de edades desconocidas que preceden a las edades de las instituciones y de las convenciones conocidas. Tales son *Las raíces de las montañas*, *El bosque más allá del mundo*, la *Historia de la llanura brillante* y *El pozo al fin del mundo*. Es gracias a esa actividad poética incesante que puede escribir tan bien y tan pronto varios escritos socialistas narrativos y las *Noticias de ninguna parte* en esa decena de años de su mayor esfuerzo socialista.

Pero ante todo, en los años posteriores al aprendizaje de arquitecto, bajo la influencia del poeta Dante Gabriel Rossetti, de los pre-rafaelistas, se hizo pintor, sintiéndose poco inclinado entonces — como dijo — a ocuparse de cosas políticas y sociales que veía en confusión, pero que no se creía ni capaz ni llamado a remediar; "mi obra, dice, es el embellecimiento de sueños bajo una forma u otra". No hay que perder de vista que entonces — hacia el tiempo de la muerte de Robert Owen en una edad extrema, de la decadencia completa del chartismo y cuando la reorganización, rejuvenecimiento del trade-unionismo estaba todavía en sus comienzos, en una palabra, cuando el socialismo era nulo en Inglaterra —, que entonces, repetimos, Morris no podía lanzarse en un movimiento socialista que no existía, que pasaba por haber muerto con Owen, con el chartismo y que las vagas ideas sociales, de ningún modo socialistas, de los *Deberes del hombre* de Mazzini, libro famoso entonces, no podían evocar en un hombre en el fondo muy práctico como lo fué Morris. Tal vez ese aspecto práctico, la necesidad de hacer lo que sentía y decía, le desvió igualmente de una carrera de crítica estética como fué la de *John Ruskin*, el sabio profesor de aspiraciones relativamente parecidas, superior sin duda a Morris como pensador y por su gran especialización, pero separado de la vida real y sin hallar nunca la energía de un verdadero ímpetu socialista, como Morris, hombre completo, lo encontró después del año 1880.

Se casó, abandonó la pintura y con siete co-partícipes, de los cuales él fué quien puso más fondos,

en 1861 en Red Lion Square, desde 1865 en Queen Square, locales a corta distancia de la gran arteria del tráfico londinense, High Holborn, así como de su centro de erudición, el British Museum, abrió un taller de decoración doméstica, la firma *Morris, Marshall, Faulkner and Co.* Esa casa, al principio pequeña, inauguró, puede decirse, una lucha solidaria contra el mal gusto trivial, filisteo de las clases ricas de esos tiempos sobrios y respetables de la reina Victoria. No se hizo allí en manera alguna arte decorativo excéntrico, fantasista, destinado a *épater* a un público pálido y supuestamente *dernier cri*. Se hizo, al contrario, exclusivamente buen trabajo, sólido y cómodo, de buen gusto, de materiales duraderos, de dibujo especial, si hacía falta, adaptado al conjunto. Morris fué la clavija obrera de esa empresa; ejecutó o inspiró los dibujos, los planos, preparó los materiales, es decir constatando que la mayor parte de los materiales eran inferiores, de poca duración, procedió poco a poco a experimentar y a fabricar y a hacer fabricar él mismo tejidos, colores, vidrios pintados, etc. Volvió a los procedimientos más sólidos de los tiempos pasados, al trabajo manual que había precedido a la máquina. Eso necesitó obreros muy hábiles que adquirieron facultades inusitadas, que volvieron a tomar el placer a la realización del buen trabajo y que quedaron en ese establecimiento a menudo largos años, toda la vida.

Esa empresa prosperó, tal vez porque fascinó al público rico por sus precios elevados y por su intransigencia ante el mal gusto habitual; para los clientes ricos se trataba de tomarlo o de dejarlo — y lo tomaban. En 1881 los trabajos fueron transferidos a Merton Abbey, al sur de Londres; la oficina de ventas, muy poco considerable vista desde el exterior, como yo la he visto todavía, estaba en Oxford Street. Hacia esa época Morris compró las partes de sus socios y quedó el propietario único; habitó una casa confortable al borde del Támesis, en Hammersmith, aquella misma en que entra al comienzo de las *Noticias de ninguna parte*, llamada Kelmscott House de acuerdo a su casa de campo en Kelmscott en el Oxfordshire. De sus socios y antiguos amigos, dos militaban todavía en la *Socialist League* en sus primeros años. Uno fué el tesorero, Philip Webb, un arquitecto, un viejo muy sólido aun, y su amigo de Oxford, Ch. J. Faulkner, un matemático que quedó en Oxford, donde tuvo que luchar entonces contra el antisocialismo feroz y estúpido de los estudiantes; cuando fué a Londres, al Consejo de la League, fué un placer escuchar su verba sarcástica y su pensamiento preciso; atacado de apoplejía murió entonces con gran sentimiento de todos. Algunos obreros del taller de Merton Abbey estaban también en la Socialist League y sobre todo en la sección que se reunía en la sala ordenada para las reuniones públicas al lado de la casa de Hammersmith, la *Hammersmith branch* de la League. Fueron todos muy moderados. Todos los que tabajan en Merton Abbey entonces, habrían podido convertirse en esos años en que la propapaganda se hacía por medio de pequeñas reuniones continuas en las calles, en los parques o en diminutos cafés populares, — todos habrían podido convertirse en agitadores socialistas absolutamente independientes, disfrutando de la inmunidad más completa, puesto que su patrón, Morris, que trabajaba con frecuencia al lado de ellos, en sus dibujos y experimentos, hacía por la noche esa misma propaganda. Pero esos obreros no hicieron eso, con raras excepciones, lo que prueba tal vez más que otra cosa que eran verdaderamente independientes con ese patrón socialista, — libres de no creer una palabra de socialismo.

Morris se daba por lo demás perfectamente cuenta de que su método de producción era excepcional, de que esos productos costosos no podían sobreponerse a los productos rápidamente confeccionados por el maquinismo — y eso ha debido demostrarle la necesidad de un cambio social completo antes de que el disfrute de la belleza cese de ser un privilegio de los ricachones. Se aceptaron poco a poco sus innovaciones más prácticas, es decir las más fácilmente imitables por el maquinismo, pero eso no ha podido satisfacerle. Se leerá con provecho al artista belga tan competente en artes decorativas, *Henry Van de Velde*, amigo de Elíseo Reclus: *William Morris, artisan et socialiste. Extrait de L'Avenir Social* (Bruselas, 1898, 32 págs. gr. in-8.°), y también las apreciaciones de Gabriel Monrey en su libro *Passé le détroit* (París, 1895, en 18.°). Habría que examinar los catálogos de las exposiciones de la *Arts and Crafts Exhibition Society* (Exposición de artes y oficios), Londres, a partir de 1888; en el primero, 1888, Morris discute los materiales textiles. Da esta conferencia *The Decorative arts* (Londres, 1878, 32 págs.), otra sobre el arte y la belleza de la tierra, el 13 de octubre de 1881, y discute la Westminster Abbey y sus monumentos en la *Nineteenth Century* en marzo de 1889. A los socialistas había dado: *Art and Socialism* (El arte y el socialismo), 1884, 72 páginas; hay además de él *The socialist ideal in Art* (El ideal socialista en el arte), en la *New Review* (Londres).

Perdió la paciencia cuando vió continuamente sea la demolición, sean las llamadas restauraciones de viejos monumentos históricos; apeló al público en el *Atheneum* y poco tiempo después fué fundada la *Society for The Protection of Ancient Buildings* (Sociedad para la protección de los edificios antiguos) de la que fué el primer secretario; los informes y reuniones anuales, la primera el 22 de junio de 1878 (54 págs.) — una octava el 4 de junio de 1885 (103 págs.) — contienen testimonios continuos de su esfuerzo. Si se conocen un poco las publicaciones internacionales de ese género, sea para proteger los antiguos monumentos, sea para proteger los monumentos de la naturaleza, los bellos paisajes, las reservas de vegetación y de fauna, los animales raros, etc., se da uno cuenta de que esos esfuerzos parecen todos posteriores a esa iniciativa de Morris, aunque, sin duda, se han hecho siempre aquí y allí esfuerzos de conservación esmerada e inteligente, aun haciendo en algunos casos destrucciones mucho más numerosas o desfiguraciones irreparables e irremediables. Y aun así, si se atendían las antigüedades, se dejó mucho tiempo libre curso a la destrucción de las bellezas naturales, de la flora y de la fauna, de los bosques, etc. William Morris ha hecho bien, pues, en ese concepto al dar la alarma en 1877.

Hacia esa época Morris se aproximó a la vida política y social de su tiempo. No lo había hecho, se observará, en la docena de años anteriores, durante la Internacional y la Comuna. No, no lo ha hecho, absorbido, diríamos, por su trabajo tanto de artesano creador, que ama su labor y trata de llegar a la perfección en todas sus ramas, como por el de poeta, no muy original y sin duda no sentimental, pero robusto, que halla placer en ma-

nipular las tradiciones, las personas de un pasado lejano para hacerlas revivir en nuevas aventuras, bajo brillantes colores nuevos. Para llegar a la perfección de ese mundo de las artes aplicadas y de la fantasía libre debía cerrar los ojos al mundo real, lo cual no lo hizo como soñador, sino como hombre serio que realiza su trabajo y no se mezcla en el de los demás. En Inglaterra, en la Internacional misma, se profundizó muy poco el socialismo, que pasaba más bien por estar enterrado con Robert Owen y languidecía sólo en algunos viejos, discípulos de Brouterre O'Brien y otros. El trade-unionismo fué el gran movimiento ante el cual se inclinaban todos, y se sabe que el trade-unionismo no tomaba en consideración el socialismo, y además que los trade-unionistas se mantenían entre ellos, obreros organizados, que aceptaban el contacto de algunos políticos y el de algunos abogados (los abogados positivistas sobre todo) que les servían de útiles consejeros y de portavoces en el parlamento, pero que no tenían ningún interés por un socialismo general, por el arte social, en suma por las verdaderas aspiraciones socialistas. Estas fueron discutidas en las secciones de la Internacional inglesa, constituída así en grupos de propaganda contra la voluntad de los trade-unionistas y del mismo Marx. Pero en esas secciones, que muy pronto fueron escena de luchas y de escisiones, no se mostró ningún talento, y a partir de 1873-74 desaparecieron completamente. Así, en 1876-77 no había en Inglaterra, en Londres y en provincias, más que restos dispersos de socialismo propagandista, de decepcionados más bien que jóvenes, y el socialismo *que renació entonces* en ese país tenía ya a William Morris en sus filas, no como iniciador o jefe, sino como *una* de las diversas fuerzas, esta vez más vigorosas que hasta entonces, que convergieron durante algún tiempo hacia el mismo objetivo, que se codearon, se aproximaron, se apoyaron mutuamente cada vez más, hasta reunirse hacia 1880-82, para formar aquel grupo colectivo, la *Federación democrática*, de la que se deriva el socialismo en Inglaterra.

Parece que una carta a las *Daily News*, 26 de octubre de 1876 protestando contra la defensa de Turquía contra Rusia, por los conservadores ingleses, fué el primer acto público de ese género de Morris. Se advierte allí su expresión de disgusto cuando vé cómo el ciudadano del término medio es impotente en todas esas cosas que otros deciden por él. Se expresó aun algunos meses después en un Manifiesto a los trabajadores de Inglaterra; aunque no hablaba como socialista lo hacía en estos términos que hacen ver en qué grado veía claro y lo que es más raro, no vaciló en decir: "...Trabajadores de Inglaterra, una palabra más de advertencia. Dudo que conozcáis toda la acritud de odio a la libertad y al progreso que reposa en los corazones de una parte de las clases más ricas de este país... Esos hombres no pueden hablar de vuestra clase, de sus aspiraciones, de sus jefes, sin menosprecio y sin insultos. Si esos hombres tuviesen el poder de obrar (¡que perezca Inglaterra antes que eso ocurra!), contrarrestarían vuestras aspiraciones justas, os reducirían al silencio, os entregarían, con los pies y las manos ligados, para siempre, al capital irresponsable"... Morris escribió eso como liberal, que desenmascara el odio al pueblo de los conservadores, pero cuando pocos años después los liberales *en el poder* llevan a cabo la represión en Irlanda, aplastan a Egipto bombardeando la gran ciudad de Alejandría, etc., entonces Morris y tantos otros liberales y radicales sinceros de tendencias sociales, comprenden que liberales y conservadores se equivalen como casquete y bonete, y se unen a los socialistas, cuyo número se había acrecentado por la gran propaganda de Henry George, entonces en Irlanda y en Inglaterra, contra los monopolistas de la tierra, — y de esa unión surgió la *Federación democrática*, que abarcaba a todos los buenos elementos de aquella época, y también algunos raros anarquistas, activos con los socialistas revolucionarios en la propaganda directa de las reuniones al aire libre, de los pequeños volantes de crítica alerta e incisiva (pequeños manifiestos de una o dos páginas en 8°. o en 4°., impresos muy frecuentemente de un modo clandestino, en la habitación de algún obrero donde se reunían por la noche discutiendo, redactando, componiendo e imprimiendo en una prensita y organizando las próximas reuniones en las calles de los barrios populares).

Volvamos a Morris que, al dar a partir de 1877 conferencias populares sobre el arte, llegó, por ese camino, infaliblemente al socialismo. Porque se dió cuenta entonces de las causas de la ausencia de arte popular en el régimen capitalista, de la separación absoluta en clases instruídas y en una clase privada de medios para instruirse seriamente; "...el arte popular no tienen ningún prospecto de una vida sana o, en efecto, de una vida en general, si no nos ponemos en marcha para llenar el terrible abismo entre la riqueza y la pobreza"... Si un hombre honesto que puede vivir una vida más humana, piensa en el inmenso número de vidas pasadas en un trabajo eterno sin esperanza, eso pesa sobre su conciencia. Morris experimenta vergüenza al comparar su trabajo propio, que le agrada, que hace de buena gana, con el trabajo monótono, sin perspectivas de la mayoría de los demás — y concluye diciendo (en una carta de marzo de 1883) que nada le convencerá de que el trabajo en la forma degradada que es impuesto a las masas es útil o necesario a la civilización.

Verdaderamente todo su socialismo está en eso — en ese contraste entre el trabajo que ama tanto, porque es un trabajo libre, inteligente, creador — y el trabajo sombrío, forzado, detestado de las masas. Comprendió que nada de lo que él aspiraba en arte, en belleza podía realizarse en una sociedad de ociosos y de proletarios con un mundo fraudulento de gobernantes, administradores, vigilantes y policía represiva entre los dos mundos; decepcionado de muchas cosas y sobre todo de muchos hombres, relató *How I became a Socialist* (Cómo me volví socialista), mayo de 1895, aparecido en *Justicie;* en folleto, Londres, 16 págs. 8°., octubre de 1896: "Al lado del deseo de producir bellas cosas, la pasión dominante de mi vida ha sido y sigue siendo el odio a la civilización moderna", dice en ese autoestudio retrospectivo. Contrasta los progresos mecánicos de los tiempos modernos, la vulgaridad opresiva de la vida moderna con la alegría de vivir, con el placer de producir: la humanidad ¿ha luchado tantos siglos para no culminar más que en esa "confusión sórdida, sin objetivo y fea"? Veía que lo que quedaba aun de la belleza del pasado sería devorado, absorbido también... No se preocupaba de metafísica y de religión, ni del análisis científico, sino que amaba apasionadamente la tierra, la vida, la historia del pasado de la humanidad: ¿es que todo eso acabaría en el burguesismo más chato? Era preciso luchar contra ese fin trivial de la civilización y en lugar de abandonarse al pesimismo se percató

que había gérmenes, elementos que, por su parte, luchaban contra ese sistema y preconizaban el cambio completo, la revolución social. Eso le devolvió la esperanza y fué con ellos y en lo sucesivo tomó la parte más directa en esa lucha.

De estas indicaciones rápidas resulta que el socialismo de William Morris fué ante todo un socialismo amplio, completo y profundo. Hombre a la vez de los más cultos y de los verdaderamente prácticos en su esfera de intereses, comprendió en qué grado está absolutamente en la hora actual todo al servicio del capitalismo y que es preciso un cambio verdaderamente completo. Así la importancia del problema económico, que reconocía como hombre práctico, no le hizo desconocer que gobiernos, parlamentos, religiones, prensa, literatura, educación, moral convencional, política extranjera, en una palabra, que todo estaba en el mismo grado imbuído del espíritu capitalista y debía desaparecer, en su forma presente, con él. Ese socialismo parcial que cree hacerse popular al hacerse modesto, al profesar el menor cambio posible, al reducir los cambios a algunas fórmulas económicas expresadas en proyecto de leyes — como había quien decía que el parlamento votaría que el impuesto sobre la ganancia fuera de 20 chelines por libra esterlina (20 chelines es igual a una libra esterlina) y los ricos no tendrán más ganancias, lo pagarán todo en impuestos, y la expropiación se habrá hecho así, la revolución social se habría producido por un simple decreto de ley, todo eso no debía absolutamente nada a Morris, a ese Morris que estaba a su altura cuando escribió las *Noticias de ninguna parte* donde presenta el famoso parlamento inglés en Westminster convertido en la sociedad libre en "mercado suplementario y como almacén de abonos por la comodidad de estar en la orilla del río".

Se ha llegado al socialismo por las vías más diferentes, motivadas cada una por el pasado, el ambiente y el carácter personal del socialista en cuestión. En Morris una naturaleza amplia, rica, enérgica, viva, llegó al socialismo y reclamó un socialismo a su medida. Otros hicieron entonces como él, hombres menos robustos, más delicados, tales como sobre todo su amigo *Walter Crane*, el famoso dibujante, y *Edward Carpenter*, aun vivo, octogenario, el autor de *Civilisation: ist curse and cure* (La civilización, su maldición y su remedio). No fué un socialismo que se diría estético, aéreo, superrefinado, como lo hubo, ni metafísico, religiosista, ni de autocultura, — fué al contrario un socialismo vigoroso, antiautoritario, antimetafísico, realista y popular que los mejores de los camaradas de Morris y él mismo profesaban en lengua popular, en magníficos cantos populares también, de los cuales algunos por Carpenter y por Morris, como *England arise, the long long nigth is over* que terminaba *England has risen and the day is here* (1) y *No Master*, que terminaba en *No master high orlow* (2), son tal vez las poesías socialistas más perfectas que existen. Esos hombres desafiaban entonces a todas las tradiciones y convenciones inglesas tan firmemente arraigadas, a la riqueza y a la aristocracia, a la religión y al patriotismo; decían verdades cinglantes, basadas en conocimientos reales, y hablaban en completa independencia, sin aspirar hacia victorias en el parlamento, lo que — puesto que exige que se mime y se adule a los electores — castra siempre el socialismo y transforma al orador en vendedor ambulante que grita para vender su mercancía, él mismo, y para comprar votos en su favor.

Cuando los elementos avanzados se reunieron en la *Democratic Federation* (junio de 1882) a que se sumó Morris en 1882, esos aspirantes al socialismo electoral no faltaban en esa organización y bien pronto, en el próximo estadio de esa sociedad, transformada en *Social Democratic Federation* (agosto de 1884), de la cual fué órgano el semanario *Justice* (19 de enero de 1884), la cooperación de los verdaderos socialistas con los socialistas reformistas y electorales se hizo imposible. En esa lucha interior la separación inevitable es caracterizada por las dos personalidades de William Morris y H. Hyndman, pero tuvo personalidades y matices socialistas muy característicos en ambos lados igualmente, una abundancia de talentos y de buenas voluntades; porque de todos lados se afluía hacia ese socialismo renaciente bajo felices auspicios. Es verdad que los trade-unionistas, radicales en política, y no socialistas entonces, quedaban al margen y que los socialistas cristianos y un núcleo de burócratas y concejales municipales y parlamentarios en crisálida todavía, la famosa *Fabian Society* (1884), hicieron banda aparte, pero socialistas revolucionarios de todo matiz, reformistas de buena ley, marxistas y anarquistas estuvieron todos juntos en la *Social Democratic Federation* en 1884. Morris se sentía socialista por derecho propio y no tuvo tiempo ni inclinación para rumiar sea el socialismo inglés y continental del pasado, sea las teorías de Marx o las del anarquismo continental europeo y americano. Respetaba el celo de los economistas, de los Belfort Bax e Hyndman, que se consideraban conocedores de Marx, así como el de los marxistas más iniciados, de Eleanor Marx, la hija segunda de Marx, y otros, pero ese era para él un género aburridor; cuando hablaba de socialismo, tenía una superabundancia propia de cosas que decir y fué más tangible para sus oyentes que las explicaciones meticulosas de las doctrinas de Marx que otros ensayaban entonces. Al contrario, se sentía atraído por el socialismo fuerte y no mitigado de los oradores revolucionarios que hablaban entonces a las masas y estaba interesado siempre por conocer la verdadera situación del pueblo, y descubrió a éste cómo era engañado de mil modos, oprimido, explotado y qué fuerza para libertarse residía en él mismo, con sólo querer, qué felicidad crearía para él y para sus hijos, si obrase por sí mismo, directamente, sin caer del parlamentarismo burgués en el parlamentarismo obrero, llamado socialista, que le acechaba.

Sobre este último punto la escisión fué inevitable y los camaradas de Morris, los socialistas revolucionarios, los anarquistas y también socialistas autoritarios, marxistas, blanquistas, trade-unionistas — nuevamente una aglomeración heterogénea que no podía durar — formaron en diciembre de 1884 *The Socialist League*, cuyo órgano fué el *Commonweal* (El bien público), que apareció en febrero de 1885, el periódico en el cual fueron publicadas por primera vez en 1890 las *Noticias de ninguna parte*.

(Concluye en el próximo número).

---

(1) *Inglaterra, levántate, la larga, larga noche ha pasado... Inglaterra se ha levantado y el día está ahí.*

(2) *No más amo... no más amo ni arriba ni abajo.*

R. ROCKER:

Contra una ley infame

El 10 de septiembre de 1926 se celebró en Berlín un gran mitin de protesta contra un proyecto de ley que pretende someter la literatura y el arte al contralor oficial. El acto fué convocado por la Asociación de editores de izquierda. Nuestro compañero Rudolf Rocker dijo en esa ocasión:

El proyecto de ley de que aquí se trata ha sido tan ilustrado y discutido esta noche desde tantos sectores, que a mí, personalmente, me queda muy poco que decir. En ese proyecto, que según toda probabilidad, se convertirá en ley, no sólo se trata de un atentado contra los editores y autores de ideas liberales, sino, lo que es peor, de un golpe directo contra la libertad de ideas, de espíritu y de conciencia de todo un pueblo. Esa es la cuestión. Es justamente conmovedor ver cómo las mismas gentes que permitieron tranquilamente que nuestra juventud sucumbiera de hambre con "los graneros repletos", se muestren de repente tan preocupados por preservar a la misma juventud contra la mala literatura. Pero nuestra juventud no sólo es corrompida por la sociedad literaria. Hay un factor más fuerte; las terribles condiciones de la vida social actual en que está sumida la mayor parte de nuestra juventud. Echen ustedes una mirada a las condiciones económicas de nuestra población laboriosa y especialmente a las inhumanas condiciones de la vivienda del presente y comprenderán de qué peligros está amenazada nuestra juventud. Y en eso no se cambia nada por medio de leyes, que siempre se refieren a los efectos de las condiciones sociales y nunca a la esencia de las cosas.

Pero cuando se cree que hay que proteger a la juventud contra las influencias nocivas de la literatura pornográfica, seguramente el padre Estado es el último llamado a cooperar en ese sentido. Es sencillamente ridículo suponer que el Estado emprenderá una lucha efectiva y despiadada contra aquellos que hacen una industria de la difusión sistemática de la pornografía y que están ligados a esa industria por fuertes intereses económicos. No, en eso no hay que pensar. La proyectada ley se ha de dirigir menos contra la verdadera literatura pornográfica que contra la palabra libre, contra todo movimiento libre, contra todo pensamiento libre. Si se quiere preservar a la juventud contra la mala literatura no hay que hacer del macho cabrío un jardinero.

Allí donde se trata de hombres vivientes y de problemas psicológicos, todo canon, todo procedimiento mecánico es malo. Aquí hay que decidir las cosas de caso en caso, y toda uniformidad legal no hace más que empeorar el peligro. Esa es la maldición de toda ley y de toda legislación, que todo lo uniforman y lo comprimen en formas puramente técnicas. El hombre se convierte en tornillo, en simple rueda de un gran mecanismo homicida que transforma todo lo espiritual en bestialidad, que sofoca todo lo psicológico.

Y así llegamos a hablar de la otra faz del problema. Nos hemos habituado demasiado a ver en el Estado la providencia terrestre, de tal modo que hoy sucumbimos en nuestra credulidad en el Estado. Nos armamos con nuestras constituciones y nuestras formas estatales democráticas y no advertimos que nuestra democracia decadente, nuestras ideas liberales se han vuelto seniles. La democracia no es para nosotros más que un mero concepto matemático, un banal problema de mayoría que nos trasmite la verdad de Perogrullo que cinco son más que tres. Pero hubo un tiempo en que los portavoces de ese principio consideraban su más importante misión en restringir lo más posible el poder del Estado en todos los dominios de la actividad humana.

Thomas Paine, uno de los padres de la independencia americana, declaró en su famosa obra "Common Sense", que no hay que confundir de ningún modo el Estado con la sociedad, pues ambos tienen un origen por completo distinto. "La sociedad — dijo Paine — es en todo caso una bendición, el Estado, siempre, un mal necesario".

"La misión de la democracia se agota — dijo el famoso republicano español Pí y Margall, — en la acción de limitar a un mínimo el poder del Estado y sustituir la iniciativa del gobierno por la iniciativa del pueblo". Pero ante todo querían Pí y Margall y sus partidarios excluir el Estado del dominio del espíritu, porque justamente en ese dominio sólo "podía obrar liberticidamente".

Y el conocido manifiesto de la democracia española de 1858 compara al Estado con el caballo de Atila "que deja el desierto por donde quiera que pasa". Esa era también la visión del genial Saint-Simon cuando predijo el tiempo "en que el arte de gobernar a los hombres sería sustituído por el arte de administrar las cosas".

Pero hoy se han olvidado todas esas cosas y se ha hecho de la democracia un simple problema de mayoría. Afirmamos, es verdad, que el llamado Estado de súbditos ha desaparecido, pero nosotros mismos hemos permanecido súbditos hasta la punta de las uñas y miramos siempre hacia el Estado cuando nos oprime alguna preocupación. Las palabras de Saint-Just, que "es tarea del legislador quitar al ciudadano el cerebro propio de la cabeza y hacerle pensar en el sentido de la razón del Estado", han pasado a la carne y a la sangre de la mayoría de nosotros.

Y de ese espíritu ha nacido también aquel infame proyecto de ley que nos hemos reunido aquí para combatir. Hoy las cosas se presentan como si todas las conquistas del espíritu humanista y radical de los siglos pasados, que salió virilmente en defensa de la libertad de conciencia y de espí-

ritu, hubieran de ser sacrificadas una a una a nuestra creencia en el Estado.

¡Qué palabras de cólera y de desprecio encontraron hombres como Freiligrath y los mejores de su tiempo contra la odiada institución de la censura! ¿Y hoy? Hoy nos armamos con la "más libre constitución" de Weimar y no observamos que el censor nos tiene otra vez arrollados como en los buenos tiempos viejos anteriores a 1848. Me viene a la memoria la incisiva sentencia de Fernando Garrido sobre la censura: "En la edad media se consideraba al verdugo deshonrado. Se huía de su compañía, no se le permitía que tocara los alimentos y otras cosas y se le trataba como a un proscrito. Esa actitud correspondía al sentimiento del pueblo a quien debió parecerle funesto el hombre que hizo una profesión del asesinato legal. Pero hoy tenemos otro verdugo — el censor, el verdugo del espíritu. Y ese merecía verdaderamente que se le tratara de igual modo que al verdugo de la edad media".

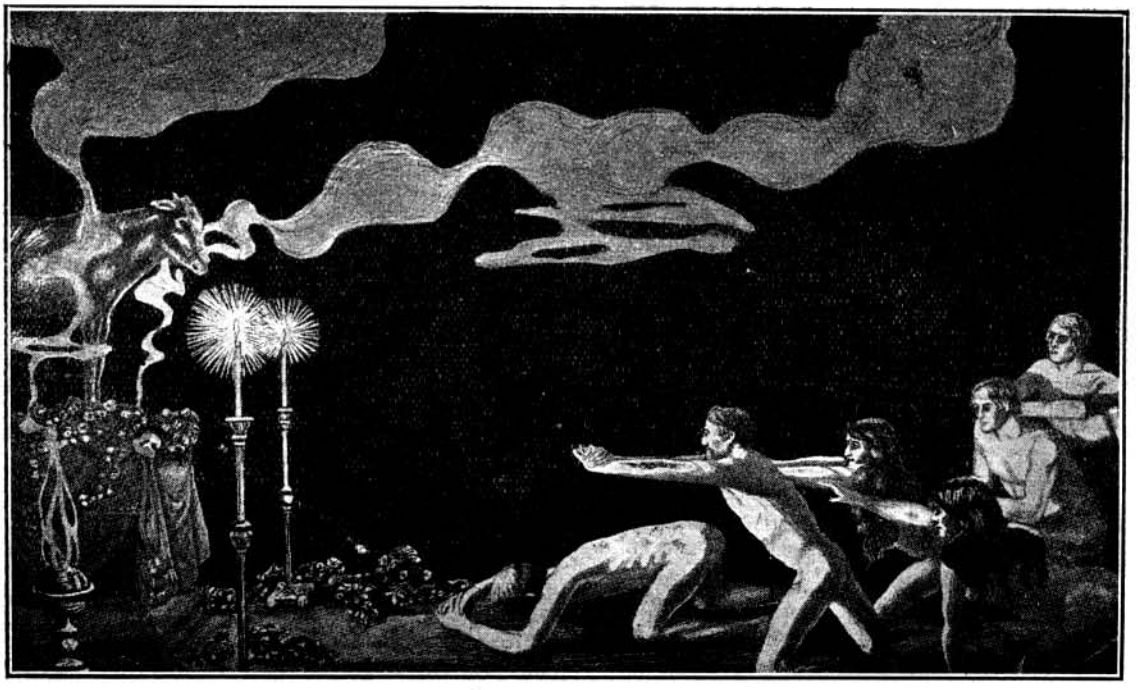
El demócrata Garrido escribió esas palabras en sus luchas incansables contra la monarquía clerical de España. ¿Qué habría dicho si hubiese leído el proyecto de nuestro glorioso gobierno republicano, que se ha propuesto la misión de proteger a la juventud contra las influencias nocivas de la literatura pornográfica?

¿Se cree en general poder apartar con tales leyes las influencias nocivas? Mirad a Estados Unidos, donde se quiso preservar a la juventud principalmente ante los efectos corruptores del alcoholismo mediante la llamada ley prohibicionista. ¿Y el resultado? Una corrupción espantosa en el dominio de la administración pública y la difusión enorme de la plaga secreta del alcohol... (interrupción: ¡Eso no es verdad!). Eso es, por desgracia, demasiado verdad. En algunas ciudades, como por ejemplo en Detroit y Rochester, el número de los despachos secretos de bebidas es hoy más grande que antes el número de las tabernas públicas.

Tales fenómenos no se pueden combatir por la dictadura de las leyes. Para eso hacen falta otros medios, — mejores condiciones sociales, una nueva educación e influencias morales en la vida espiritual de la juventud.

Igual y más notoriamente ocurre con el proyecto de ley que nos ocupa aquí. Creemos nuevas condiciones de vida para nuestra juventud, libertémosla de la influencia infernal del sistema social presente y con eso se privará a la literatura pornográfica del terreno moral y material para su difusión. Mientras no señalemos a la juventud nuevos caminos del conocimiento, ninguna ley protegerá a los jóvenes contra la influencia corruptora de envenenadores sin escrúpulos del pueblo. Y eso es lo que importa en resumen. Pero la ley proyectada sólo tiene el objeto de abatir el pensamiento libre y de embrutecer las masas del pueblo más todavía de lo que se hizo hasta aquí.

La lucha contra la ley mordaza proyectada se realizará del mejor modo si no se traslada el punto de gravedad de la acción a la arena parlamentaria, excitando en cambio la opinión pública contra ese tenebroso golpe de la reacción a la libertad de conciencia y de espíritu del pueblo. Pero eso sólo ocurrirá si los trabajadores intelectuales, los artistas y escritores se libertan de su viejo prejuicio de casta y hacen causa común con el proletariado para abrir el camino a un nuevo orden de cosas. ¡Créese la gran alianza de todos los elementos laboriosos no importa si van tras el arado, si están junto a la máquina o producen valores intelectuales! Sólo por una acción semejante puede hacerse fracasar ese golpe infame, sólo por ese camino se abrirá un derrotero a la libertad y a la justicia social. (Interrupción: ¡Abajo el gobierno!).



JOSE C. VALADES:

EL CONCEPTO DE LA HISTORIA

¿Agrarismo tradicional?

III

Sin pretender llevar a cabo una obra que hace tanto tiempo hemos pensado realizar — la de recoger todas las manifestaciones insurreccionales del pueblo, por lo que respecta a México y algunos países del continente americano, dejando a los propios hechos señalar las inclinaciones libertarias o no —, no podemos hablar del agrarismo sin hablar de esa obra y hacer referencia a ciertos actos, generalizando, por supuesto.

No basta, a nuestro entender, hacer relaciones verídicas sobre los movimientos insurreccionales; una mano que fuere recogiendo todos los documentos posibles — labor copiosa, bien es cierto — y fuere formando las *excerpta* o reunión en un cuerpo de materiales esparcidos aquí y allá, para ponerlos al alcance de todos, haría la tarea más grande que se pudiera esperar. Algunas veces hemos pensado en que la historia de los orígenes de la libertad y de la autoridad, pueda enseñarse en tal forma. ¡Sería tan hermosa una colección de documentos! Tal vez hablarían más que cualquier intento literario para probar lo acertado o no de nuestras proposiciones sobre la historia. No perdemos, por supuesto, la esperanza de que algún grupo de camaradas estudiosos se ponga en esta tarea. Una revista mensual, por ejemplo, que fuera recopilando todos los documentos de la libertad, constituiría la más brillante historia del movimiento anarquista en el mundo. No nos referimos, es natural, solamente a documentos inéditos. Hay muchas obras, grandes y pequeñas, que se han perdido para nuestras intenciones; han pasado como simples documentos de la historia imparcial, neutra, y cuando querramos enseñar el sentimiento de libertad a través de todos los capítulos de la historia, nos encontraremos con las mayores dificultades; habrá necesidad de hacer múltiples esfuerzos — esfuerzos que la mayor parte de las veces no estarán en la posibilidad de los estudiosos de hoy o de mañana. Sobre todo, es necesario que no sólo la burguesía tenga en sus manos esos documentos; es justo que el pueblo, que es a quien corresponde recoger sus propios sentimientos y sus propios actos, pueda tener a su alcance lo que de él mismo ha salido espontáneamente.

Hay tesoros inapreciables que se perderán si no se promueve y resuelve algo en este sentido. Hablando sobre el caudillismo político y militar en los países latinos del continente americano, decíamos a un amigo, que tal vez no habría nada más interesante para enseñar sus procederes, que una recopilación de documentos históricos. Han pasado por nuestras manos infinidad de cartas, de manifiestos, de planes, etc., de generales y políticos del siglo pasado y del que corre, en las que resaltan, sobre todas las cosas, las ambiciones internas y externas; esto sería más valioso para la misma propaganda anárquica que varios gruesos volúmenes de literatura antipolítica o antimilitarista. Bastaría, agregábamos al amigo, hurgar un poco en los archivos nacionales e ir publicando: sobre los movimiento insurreccionales; sobre las tendencias antiautoritarias; sobre las luchas por la conquista del poder, en suma, infinidad de detalles que ahora parece que sólo se pueden extraer de la imaginación de algún escritor más o menos conocido.

Nuestro amigo y compañero Max Nettlau, ha hecho las más notables y hermosas contribuciones a la historia de la libertad. Sañalaremos, desde luego, todos los documentos que ha publicado en el Suplemento de LA PROTESTA de Buenos Aires. Y seamos un poco más exigentes. Si estos documentos se publicaran en una revista especializada (*Documentos para la historia de los orígenes de la libertad y de la autoridad*), podrían tener una mayor utilidad histórica; darían una visión más clara de los propósitos.

No hace mucho tropezamos con una revista editada en 1823, *El Faro del Imperio* (México), por Francisco Severo Maldonado, el primero que en esta parte de la América lanzó el grito de Tierra y Libertad (1809), y de quien en otra ocasión nos hemos de ocupar largamente. Maldonado recopilaba una brillante serie de artículos inéditos o poco conocidos (desconocidos principalmente en México; debemos de recordar los tiempos de la colonia), algunos de los cuales eran, por supuesto, justificativos del imperio mexicano; otros meramente jacobinos, pero algunos verdaderamente interesantes por su acento antiautoritario. Alguien ha llamado a Maldonado el inspirador del partido federalista en México; también fué un precursor del movimiento campesino por la conquista de la tierra (¿por qué no se ha ocupado de ello el diputado Soto y Gama en sus pesquisas del agrarismo tradicional?).

Pero dejemos a Maldonado; hemos ofrecido, y lo cumpliremos, hablar más tarde de su obra (*El Pacto social; La Asociación, único derecho; El Triunfo de la especie humana*, 1810, 1821, 1823). El período colonial del continente americano está lleno de movimientos insurreccionales, que no pueden perderse para la historia de la libertad.

Por lo que a la Nueva España se refiere, podríamos citar las sublevaciones en Chiapas, en la Nueva Galicia, en el Nayarit, las de los indios en las márgenes del lago de Chapala; después tendremos las muy interesantes relaciones de los mismos conquistadores sobre la vida de lo comuneros en la costa occidental. Más tarde tendríamos ocasión de referirnos a las insurrecciones en la Nueva Granada, en las tierras del Paraguay y

en el Perú. Uno de los acompañantes de Pizarro (citado por Prescott, *Historia del Parú*), escribió detalles que hablan por sí mismos. No todos los Incas vivían bajo la férula de un comunismo autoritario, que ha movido tantas especulaciones sociológicas; había una parte de estos pobladores que poseían un profundo sentimiento por la libertad.

Pero no bastaría referirnos a la época colonial. Ya en los tiempos de la independencia, y con más marcado acento, encontramos fuertes y definitivos caracteres antiautoritarios. Algunos de estos hechos, se han hecho leyendas; pero leyendas vulgares y transformadas al antojo y capricho de algún explotador de las letras. En alguna ocasión nos hemos referido a un acto bastante significativo, ocurrido no hace muchos años en la historia de México, pero del que, lo repetimos, se hizo una novela cursi y grotesca. Triunfador Benito Juárez sobre las huestes del imperio de Maximiliano, emperador de México, tuvo Juárez conocimiento de que un coronel del ejército se había sublevado con un regimiento, en uno de los cuarteles de la capital de la república. El presidente, sorprendido, envió una comisión especial para que se acercara al coronel y le interrogara el motivo de tal sublevación, así como para que se le dieran todas las garantías para volver al orden en beneficio del partido victorioso. Llegada la comisión ante el coronel sublevado, sólo pudo obtener esta respuesta: "Decid al presidente Juárez que ahora hago armas contra él, porque soy un inconforme; que siempre estaré luchando en los campos de batalla contra todos los gobernantes. Juárez gobernante, es mi mayor enemigo". Todo esto ha sido clasificado como el clásico caudillo mexicano (el tipo del caudillo mexicano es el que siempre se somete al partido victorioso); pero hemos de recoger materiales y demostrar el significado de este acto.

Perder las esperanzas de hacer las recopilaciones de que hablamos, no es posible. Algún día habrá manos que cariñosamente recojan toda esa porción de documentos esparcidos, extraviados al presente, que vengan a reunirse en uno o varios volúmenes de lectura amena y fructífera.

Tal vez se considere que es una mera afición a las cuestiones históricas la que nos lleva a estas conclusiones. Pero no hay tal. Existe, claro está, la parte que corresponde a nuestras aficiones; pero también existe un deseo de hacer más comprensible, no nuestra propia concepción de la historia, sino la necesidad de llevar a cabo una refutación definitiva a los que han hecho relaciones verídicas, sin ocultar su desdén por todo aquello que sea tendiente a popularizar las batallas libertadoras del pueblo. Los historiadores sólo se han encargado de popularizar a los héroes, para arraigar el culto a la autoridad en cualquiera de sus manifestaciones. La historia del continente, por ejemplo, sólo se comprende hablando de Wáshington, de Hidalgo o de Bolívar. Pero la participación del pueblo y de sus sentimientos, sólo se ha tomado en cuenta lo que corresponde a las cantidades en los ejércitos, a los heridos y a los muertos; tal vez a los hechos considerados de robo y de banditismo.

Mas el coraje empeñado por un sentimiento, la sangre derramada por un pensamiento, es motivo de un olvido intencional. El pueblo es masa, se ha dicho, y con esto se quiere decir que no hay derecho a que se conozca de sus aspiraciones; de esas aspiraciones inmensas, que revelan el grado de fuerza de las ideas que les han impulsado, aun cuando por desgracia no se han logrado desarrollar definitivamente.

Vamos. Digamos que hay necesidad de popularizar la historia, no por el mero concepto de la historia, sino por el concepto de la libertad.

Tampoco pretendemos demostrar que la libertad ha existido. Esto sería una aberración. Si así hubiera sido, sería la autoridad la que propugnara por su exterminio, y vemos que la historia misma nos demuestra lo contrario. Es la libertad la que aparece en todo momento insurreccional, luchando contra el poder de la autoridad. Tenemos que convenir que la libertad ha vivido una mínima parte, ora en una manifestación, ora en la otra, pero siempre abriendo un pequeño surco que no debemos dejar abandonado, sino que tenemos algo así como un deber de sembrarle.

No queremos tampoco una historia única, de tierra o de lodo, como la pretendida por el diputado Soto y Gama. Volvamos, con alegría, al punto de partida de este escrito. ¿Hemos olvidado el propósito? No; no lo hemos olvidado, por interés propio.

¿Que nos hemos distanciado? Es que no podíamos mantener en secreto los deseos expuestos. El agrarismo tradicional del diputado Soto y Gama, que nos dice: agrarista fué el pasado, agrarista es el presente y agrarista será el futuro, no deja un grandioso margen, un hermoso terreno que transitar serenamente. Hay tanto que decir sobre el agrarismo como partido de autoridad!

Pero antes aclaremos. Nosotros no vamos a proclamar: libertario fué el pasado, libertario es el presente y libertario será el futuro. El pasado y el presente son de autoridad — ¿podríase negar frente al fascismo y al bolchevismo? —; el futuro no será como el pasado; será como la humanidad lo quiera, como nosotros lo querramos. Gústanos recurrir al origen de nuestras aspiraciones, no para justificarnos hoy o mañana, sino para enseñarnos, ¡bástenos eso!, a estudiar, a comprender y a amar las luchas libertadoras.

MEXICO, diciembre de 1926.

A. KARELIN:

¿QUÉ ES LA ANARQUÍA?

Si en el país existe aun gobierno central la ciudad libre lo desconocerá, oponiéndose a su ejército, a su policía y desconociendo a sus funcionarios, leyes y jueces. La independencia se manifestará en que las leyes del gobierno central (toda vez que aun existiere) serán consideradas como simples consejos que la ciudad libre podrá aceptar o rechazar, todos o en parte, o modificarlos para mayor conveniencia de sus habitantes. Si la ciudad libre ha de ser una sociedad anarquista no podrá tener ley alguna; podrá únicamente haber convenios entre sus habitantes, podrá, cada ciudadano y cada grupo de ellos, dar consejos y proponer nuevas iniciativas — consejos e iniciativas que no serán de acatamiento y ejecución obligatorios.

Todos los asuntos de la ciudad libre serán resueltos por sus habitantes del modo que ellos quieran y puedan resolverlos. Sus costumbres, sus relaciones y su organización social, basadas en el respeto mutuo y en el reconocimiento del derecho a la vida de cada individuo, harán imposibles la opresión y la explotación del hombre por el hombre en el seno de estas sociedades. Cuando haya que ejecutar alguna obra social, podrán discutir primero y participar en su ejecución después todos los en ella interesados, conservando, en todo instante, toda su independencia personal y sin someterse a reglamentos especiales.

Siendo que la ciudad libre no tendrá funcionarios (hombres que obedecen a las órdenes de otros, superiores a ellos y que, a su vez, obligan a ejecutar estas órdenes al resto de la población) todos los asuntos que interesen a todos serán discutidos y resueltos directamente por los habitantes de la ciudad. Problemas semejantes — que interesen a todos — serán discutidos y resueltos en las asambleas de los vecinos de las casas grandes, de los vecinos de una calle, de uno o de varios barrios — toda vez que se trate de asuntos que atañen a una casa colectiva, a una o más calles, a uno o más barrios — o de vecinos de toda la población si esta no es grande.

En la ciudad existirán las organizaciones e instituciones más diversas, que organizarán la vida de la ciudad del modo más conveniente. Habrá en la ciudad distintas uniones, federaciones, sociedades de diversa índole: de investigaciones científicas, para la difusión de la ciencia, para la instrucción, etc. Se formarán fraternidades, ligas, clubs, corporaciones, comunas, cooperativas de producción y de consumo y para otros fines. Para formar y mantener escuelas, bibliotecas, teatros, fábricas, usinas, talleres, para construir casas y conservarlas, para editar y difundir libros. Y así, hasta el infinito. Los hombres se organizarán como y para lo que quieran sin pedir para ello permiso a nadie y sin que nadie les oponga trabas.

Cada organización discutirá y resolverá en asamblea de sus miembros todos sus asuntos, y si éstos son de interés general, serán resueltos en asamblea de todos los habitantes de la ciudad.

En las ciudades medioevales, cuya libertad y auto-actividad sucumbió bajo la influencia del Estado y de los ricos, resolvía cada habitante "libremente todos los asuntos que no solamente tenían atingencia con los oficios y el comercio, sino también aquellas ramas de la vida social que más tarde cayeron bajo la dirección del Estado: la instrucción, la sanidad, los asuntos criminales y civiles, la defensa del país" (P. Kropotkin, *Palabras de un Rebelde*).

Las asambleas de productores deliberarán sobre los problemas de la producción, las asambleas de consumidores discutirán sobre la distribución y los pedidos de los productos, las asambleas de especialistas los problemas que atañen a su especialidad.

En las asambleas participarán todos los que deseen enterarse del asunto que se discute. En caso de divergencias se formará mayoría y minoría y la asamblea se dividirá en dos partes. En casos semejantes procederá cada parte de acuerdo a su criterio particular. Para esto son libres. Sin embargo, sería deseable el acuerdo de todos los miembros de la asamblea.

En caso de necesidad elegirá la asamblea a especialistas si hay necesidad de ello, o a simples ciudadanos para ejecutar las resoluciones que se tomen. Estos hombres, siendo simples ejecutores de las misiones que se les confían, no dispondrán de ninguna autoridad, serán controlados por los que los han elegido y podrán, en cualquier instante, ser relevados del puesto que se les ha confiado. Además, estos puestos, toda vez que no exijen una preparación especial, no serán atendidos durante mucho tiempo por una misma persona. Y, por fin, estos hombres no tendrán prerrogativas especiales ni disfrutarán de derechos mayores que los demás habitantes de la ciudad. Ya Lefrançais (miembro de la Comuna de París de 1871) habló de comités ejecutores parecidos a los que acabo de diseñar. Habló de la necesidad de organizar "una especie de comité cuya misión exclusiva fuera la de ejecutar las resoluciones que tomen las asambleas del pueblo de distintos barrios de París, que se hayan pronunciado directamente en todos los problemas, cualesquiera que éstos sean: políticos, militares, administrativos y económicos".

En la ciudad libre no habrá autoridad coercitiva de ninguna especie. En ella estará la autoridad en manos de todos. Pertenecerá a todos y en consecuencia a nadie en particular.

Mientras a la ciudad libre le amenacen los países que no estén organizados en los principios anarquistas, deberá tener un ejército, el "ejército de la auto-defensa". Este ejército tendrá por

base los destacamentos de voluntarios. Los voluntarios aprenderán el arte militar en escuelas especiales. Seguirán todos los inventos que se hagan para la destrucción de los hombres. Este ejército formará parte del ejército de la unión federal de las ciudades y poblaciones libres y participará en la defensa de toda la sociedad anarquista. (Hagamos la salvedad que la existencia del ejército, cualquiera que éste sea, será una amenaza, y muy seria, para la existencia de la ciudad libre).

La policía no existirá en la ciudad libre, como una organización burocrática armada. Los primeros tiempos, mientras no desaparezcan los hábitos viejos, tendrán los ciudadanos que organizar la vigilancia nocturna, establecer entre los puestos nocturnos la comunicación automovilística y telefónica. Los comités de casas organizarán vigilancia semejante. Vigilancias idénticas se establecerán de día.

La única forma de tribunal posible (toda vez que el tribunal exista en los primeros tiempos) será aquella por la que el acusado tendrá el derecho de elegir entre los habitantes de la ciudad, tantos jueces como los que designara para entender en el juicio la parte acusadora. El castigo más grande que este tribunal podrá imponer será la expulsión de la ciudad o el boicot del culpable, sin que en ninguno de los casos se vea este hombre en el peligro de morir por falta de medios de subsistencia.

Es posible también que las distintas instituciones crearán, para entender en las disenciones que puedan surgir entre unos y otros, tribunales propios.

Lo más probable es que al poco tiempo de establecerse la ciudad anarquista no hará falta tribunal alguno, como no los hay en las comunas anárquicas primitivas del Norte. "En la gran comuna anarquista de los "dukhobors" (una secta religiosa que desde hace muchos años existe en Rusia y cuenta con unos 10.000 adeptos) no hay tribunal, porque ellos nunca cometen crímenes. No tienen ninguna institución que en algo se asemeje al tribunal moderno y no castigan a sus miembros" (Tugan-Baranokski, "La organización comunista más grande del mundo").

La ciudad libre organizará sus escuelas y otras instituciones para la educación e instrucción. Se pondrá de acuerdo con otras poblaciones del país para atender los institución de enseñanza superior dejando a éstas su autonomía necesaria. Todo aquel que quiera y pueda hacerlo podrá dedicarse, en la ciudad libre, a la enseñanza.

Las bibliotecas, museos, galerías artísticas, teatros, cinematógrafos, etc., serán, en la ciudad libre, accesibles a todo el mundo.

Si alguna ciudad es muy grande, puede dividirse en varias partes (barrios). Cada uno de estos barrios atenderá sus asuntos y estará en estrecho contacto con los otros barrios. Es conveniente que estos barrios no sean demasiado grandes para que su población adulta pueda reunirse en asambleas. En cada barrio tendrán que resolverse por este medio todos sus intereses y los delegados de los habitantes de estos barrios recibirán de ellos instrucciones precisas.

La ciudad será, de este modo, una federación de barrios, de organizaciones e instituciones de toda índole, que se encuentren dentro de los límites de la ciudad. Todas estas entidades se unirán recíprocamente del modo que les parezca mejor. No estarán obligadas a mantenerse en los límites de la ciudad, sino que podrán, toda vez que lo quieran o lo necesiten, unirse con otras entidades que no estén ubicadas en ella.

Las ciudades libres de un país, y después de varios países formarán sus federaciones y entrarán en relaciones con federaciones rurales y con aldeas separadas. De este modo se formará la Unión de ciudades y aldeas libres de un país, más tarde de un continente, hasta llegar a formar la Federación Universal de poblaciones libres.

Hacia la creación de esta Federación Universal gravitarán las mismas ciudades libres, desde que las uniones de los ciudadanos de estas ciudades, empleando una expresión de Kropotkin, "se incrustarán unas en las otras", se entrelazarán y mediante esta red de uniones, vincularán aún más estrechamente a las ciudades libres: cada una de estas ciudades, estará ligada por miles de hilos irrompibles a cientos de otras ciudades, por asuntos de economía, política, educación, arte, sanidad, etc.

Así se formará la libre sociedad. Una gran libertad, la completa satisfacción de las necesidades al abrigo de todo peligro, y la solidaridad encarnada en las instituciones — tal será la norma de convivencia por la que se regirá la sociedad del porvenir.

La ciudad libre y las organizaciones en ella existentes se formarán en los principios del derecho común y del acuerdo libre sin ninguna imposición.

Cada ciudadano será libre de abandonar la ciudad libre o cualquiera de sus instituciones, y el que tal hiciera tendrá derecho a percibir, hasta que se ubique en otra parte, los objetos necesarios para su subsistencia. Todos trabajarán a medida de las fuerzas y la capacidad de cada uno, y cada uno percibirá la cantidad de productos que necesite, sin despojar a nadie.

El acuerdo libre, rigiendo la producción y la distribución, no se inmiscuirá en la vida privada de cada uno ni impondrá al individuo normas obligatorias algunas. Aunque el derecho libre de la ciudad libre no reconoce la imposición de la mayoría sobre la minoría ni viceversa, sin embargo, o quizás por ello mismo, tiene cada ciudadano el derecho de auto-defensa. Debido a ello no se conocerá en la ciudad libre la arbitrariedad ni la violencia de los gobernantes.

La ciudad libre administrará los objetos que por el deseo de sus habitantes pasen a ser patrimonio de la ciudad y tendrá el derecho de apropiarse de las distintas empresas — industriales, comerciales, de transporte, etc. — que en los Estados burgueses y socialistas están en manos de particulares y ponerlos a disposición de todo el mundo. Todas las casas habitaciones pertenecerán a toda la sociedad. Las casas serán distribuídas entre todos los habitantes y de su administración se encargarán las asambleas de vecinos, sus organizaciones y delegados. La ciudad libre construirá los edificios para viviendas y para otros usos.

P. KROPOTKIN:

Revolución social y reconstrucción económica

El artículo que sigue fué escrito por Kropotkin para agregar a la edición rusa de Palabras de un Rebelde; *fué escrito unos 14 meses antes de su muerte y no habiéndose hecho una nueva edición del libro mencionado, este trabajo quedó inédito; se acaba de publicar por primera vez en* La Voix du Travail *de París, (órgano de la A. I. T.; marzo de* 1927).

La cuestión de la reconstrucción de la vida por la revolución social no ha sido desflorada, en el primer capítulo de este libro, más que en términos generales. Ese capítulo no debía servir, por decirlo así, más que de introducción a la segunda parte constructiva — de que no he podido ocuparme hasta tres años más tarde, a la salida de la cárcel. Pero como ese capítulo llevaba en sí los rasgos de una larga discusión que había tenido lugar sobre el asunto de la extensión de la expropiación en el seno de las federaciones jurasiana, italiana y española de la Internacional, sería bueno hablar de ella aquí un poco.

Estábamos completamente de acuerdo en que la propiedad privada del suelo había vivido y que el porvenir pertenecía a la posesión comunista de la tierra. Pero considerábamos injusto e inútil expulsar de sus parcelas a los campesinos que trabajaban ellos mismos su tierra sin ayuda de obreros asalariados, demoler sus casas y cercados, abatir sus jardines y volver a trabajar sus tierras con el arado a vapor como se lo imaginaban los revolucionarios centralistas y estatistas.

Tal idea fué predicada, en Francia, en 1795, después de la caída de Robespierre y de los jacobinos, por el comunista Babeuf, que hizo de ella la base de su "conspiración de los iguales". Esa misma idea fué desarrollada también más tarde por Cabet en su *Viaje a Icaria* y, entre sus adeptos, es preciso anotar, en el período de 1830 a 1840, los miembros de las sociedades secretas francesas fundadas por Barbés y Blanqui, así como los miembros de la "Unión de los justos", sociedad alemana fundada por Weitling, de donde pasó al *Manifiesto comunista* de Marx y Engels.

En ese Manifiesto el objetivo de la revolución social era, como en los programas precedentes de los blanquistas y de Babeuf, la abolición total de la propiedad privada y su transferencia en manos del Estado. En cuanto a la producción, se debía introducir, de acuerdo a Babeuf, el trabajo obligatorio, general e igual para todos y, con ese fin, "la organización de ejércitos industriales, principalmente en vista de la agricultura" (parágrafo 53). Los socialistas estatistas de Francia predicaban en favor de esos mismos ejércitos industriales en los años 1880-90 (1).

Nosotros no podíamos, naturalmente, aceptar semejante programa de expropiación. Conociendo las diferentes formas de la agricultura, en grande y en pequeña escala, formas que adquiere necesariamente en las localidades de tipos variados (eso se constata sobre todo en Francia), no podíamos considerar como un progreso la destrucción de las pequeñas economías agrícolas. La fórmula de Babeuf no solamente es injusta respecto de las pequeñas economías rurales, sino que llevaría inevitablemente a la sublevación de las aldeas contra las ciudades y reduciría al país entero al hambre. Por lo demás, destruir ahora la iniciativa privada en agricultura sería insensato, aunque no fuera más que porque es justamente a la empresa privada y al apego individual a la tierra a quienes debemos, hasta aquí, el éxito de la agricultura y el desenvolvimiento del cultivo intensivo de la tierra en ciertas partes de Europa y de América. Es por esa razón que, sin querer prejuzgar de las formas que la agricultura tomará en el porvenir, decidíamos que en aquel momento los esfuerzos de la revolución debían ser dirigidos no hacia la abolición de la pequeña economía rural, sino hacia la *unión de las pequeñas haciendas en todo lo que exige la unión de sus esfuerzos.*

Tal actitud respecto de la pequeña economía rural nos atrajo los ataques de los socialistas de Estado. Pero ellos mismos, a medida que entraron en contacto con la verdadera vida del campo, vieron pronto — en Francia sobre todo — que, precisamente, esa pequeña economía rural y esa posesión de la tierra por lotes daban a Francia su bienestar relativo — sin tener necesidad de saquear a sus vecinos; los social-demócratas alemanes llegaron a la misma conclusión viendo lo que la pequeña economía rural daba en Alsacia y en diferentes regiones de la Alemania occidental.

* * *

Después de mi salida de la cárcel, a comienzos de 1886, emprendí en nuestro periódico un deser-

---

(1) *El éxito de las enormes granjas "gigantes" en las praderas de Canadá y de los Estados Unidos donde en aquella época se constituía una economía desastrosa en ayuda, justamente, de tales ejércitos industriales reclutados dos veces por año —para el laboreo y las siembras de trigo y para su cosecha— causaba admiración en los partidarios del socialismo de Estado. Pero eso fué de corta duración. Hacia fines del siglo XIX, cuando atravesé la provincia canadiense de Manitoba, no era visible ningún rastro de esas granjas; en cuanto a las praderas de Ohío, las ví, en* 1901, *cubiertas de pequeñas granjas y se veía en los campos todo un bosque de molinos a viento que llovían el agua para los huertos. Después de dos o tres malas cosechas de trigo, las grandes granjas fueron abandonadas y la tierra fué vendida a los pequeños granjeros que cosechan ahora en sus pequeñas granjas considerablemente más productos alimenticios diferentes de lo que pudieron hacer las granjas "gigantes".*

volvimiento más detallado de la cuestión de la reconstrucción de la vida por una revolución social. Sabiendo, además, en qué grado era fuerte, en los países latinos, la aspiración hacia el establecimiento de *comunas independientes*, yo había tenido presente, sobre todo, una gran comuna urbana que se desembarazaría del yugo capitalista — especialmente París con su población obrera llena de inteligencia y de independencia y poseyendo, gracias a las lecciones del pasado, grandes capacidades organizadoras.

Estos artículos aparecieron más tarde (en 1892) en volumen, para el cual Elíseo Reclus había propuesto el título de *La Conquista del Pan*: ese nombre fué bien elegido, porque expresaba la idea fundamental de toda la obra, en especial que el objeto principal, en período de revolución social, sería, no la reorganización *política* del orden social, sino la cuestión del *pan para todos;* la cuestión de satisfacer las necesidades más urgentes de la población: el *avituallamiento*, el *alojamiento*, el *vestido*, etcétera. Traté, al mismo tiempo, de probar que los obreros de una gran ciudad habrían podido organizarse *ellos mismos* para una vida libre en el seno de la comuna libre sin esperar que esa vida fuese organizada para ellos por los funcionarios, aunque estuvieran dotados de todas las cualidades.

Desgraciadamente es preciso decir que los socialistas y los obreros en general, habiendo perdido la esperanza en una posibilidad próxima de la revolución, no se interesaban bastante en la cuestión: ¿qué carácter sería deseable dar a la revolución? No es sino muchos años más tarde cuando el movimiento sindical había comenzado a echar raíces en Francia, que apareció otra obra sobre el mismo asunto. Nuestro camarada Pouget ha descrito en su libro: *Cómo haremos la revolución*, cómo podría realizarse en Francia una revolución *bajo la dirección de los sindicatos obreros;* cómo, no esperando nada de aquellos que no dejarían de investirse del poder, los sindicatos obreros y los congresos estarían en situación de expropiar a los capitalistas y de organizar la producción sobre nuevas bases, sin permitir, por eso, la menor detención en la producción. Está claro que sólo los obreros, por sus organizaciones, no podrán alcanzar nunca ese fin; y aunque difiero de opinión con Pouget sobre ciertos detalles, recomiendo con toda confianza ese libro a todos los que comprenden la inevitablilidad y la proximidad de la reconstrucción social que la humanidad tendrá que encarar.

Poco tiempo después de mi salida de la prisión, fuí obligado a salir de Francia; me establecí en Inglaterra, donde tuve la posibilidad de estudiar la vida económica de un gran país industrial en la práctica y no solamente por los libros en los cuales los economistas repiten, desde hace más de cien años, los mismos errores que sus predecesores. Cuando daba conferencias en las diversas ciudades de Inglaterra y de Escocia, aprovechaba la ocasión para hablar largamente con los obreros y para visitar toda especie de fábricas y de talleres — grandes y pequeños —, de minas de carbón y de grandes astilleros navales, sin olvidar los pequeños talleres en centros tan importantes de la producción en pequeño como Sheffield y Birmingham. He visitado también los grandes centros cooperadores de distribución, como la "Wholesale Cooperative" de Manchester, así como las tentativas de producción cooperativa que comenzaban ya a multiplicarse. Al informarme así sobre lo que era *la vida real*, tenía siempre ante los ojos la siguiente cuestión: "¿Qué formas podría tomar una revolución social para que se pueda pasar, sin demasiados choques, de la producción privada o por sociedad anónima con el propósito de obtener ganancias, a la producción y al cambio de productos organizados por los productores y consumidores mismos, a fin de poder satisfacer las necesidades de la población?".

El examen de estas cuestiones culminó en dos conclusiones: La primera de éstas era que la producción de los artículos alimenticios y de todos los productos, y luego el cambio de esos productos, representan una empresa de tal manera complicada que los planes de los socialistas de Estado, que conducen inevitablemente a la dictadura de partido, se mostrarán absolutamente defectuosos en cuanto comiencen a aplicarlos a la vida.

Ningún gobierno estará nunca en situación, afirmamos, de organizar la producción si los trabajadores mismos no ponen manos a la obra, por intermedio de sus sindicatos, en cada rama de industria, en cada oficio; porque en toda producción surgen y surgirán cotidianamente millares de dificultades que ningún gobierno puede ni resolver ni prever.

Ciertamente, es imposible preverlo todo; es preciso que la vida misma y los esfuerzos de millares de inteligencias en la obra puedan cooperar al desenvolvimiento del nuevo sistema social y encontrar las mejores condiciones capaces de satisfacer las mil manifestaciones de las necesidades locales.

Los planes teóricos de reconstrucción no son, naturalmente, inútiles en el período preparatorio. Despiertan el pensamiento y obligan a una reflexión seria sobre los organismos complejos representados por las sociedades civilizadas. pero por otro lado, esos planes simplifican un poco demasiado el problema que la humanidad está llamada a resolver; y si es preciso comenzar por realizar *esos programas*, no se llegará nunca a ordenar *la vida*. De un tal desastre resultaría que podría producir la reación más feroz.

Muchos obreros ingleses — tal vez porque desde hace mucho tiempo (es decir desde la época del movimiento chartista de 1836-1848) se habían ocupado ya de reorganización social — consideraban así el problema: ante todo, decían, hay que organizar trade-unions fuertes y poderosas *en todas las ramas del trabajo*, incluso los obreros manuales en los docks y los campesinos (1). Luego hay que ligarlos entre sí por las uniones nacionales e internacionales de oficios; y entonces, convertidos en una fuerza efectiva, tomar toda la producción bajo su contralor absoluto, descartar la dominación de los capitalistas y mantener el orden en la totalidad de la producción y del consumo en interés de toda la población del país.

En otros términos, los obreros ingleses elaboraban ideas que se manifestaban ya en 1830 en Ro-

---

(1) *Antes y hasta el comienzo de la década* 1880-90, *las trade-unions no existían más que en algunas ramas; las mujeres, por ejemplo, no tenían sindicato, aunque sólo en la industria textil hubiese más de* 700.000; *los carpinteros no admitían en sus sindicatos más que a los que ganaban al menos diez peniques por hora; y así sucesivamente.*

bert Owen cuando este último trató de fundar la Unión de los trabajadores; luego las trade-uniones inglesas con los representantes de los trabajadores franceses trataron de realizar esas ideas cuando, después de su encuentro en Londres en 1862, fundaron la *primera* Internacional.

Esa organización representaba, como se sabe, una *Asociación Internacional de sindicatos obreros* enteramente apolítica, que perseguía un doble fin: una lucha cotidiana contra el capital y la *elaboración de las bases de un nuevo sistema socialista.*

Pero como las "secciones mixtas" eran admitidas también en ella, resultó que se adhirieron hombres que no pertenecían a ningún sindicato de oficio, pero que aspiraban a la emancipación del trabajo del yugo del capital. Esa Internacional ha existido hasta el fin de la década 1870-80 en que fué destruída por las persecuciones incesantes de los gobiernos y por las intrigas de los partidos políticos. La *segunda* Internacional no es ya una unión de sindicatos obreros: se ha convertido en la unión de los *partidos políticos social-demócratas* de los diferentes países.

Con la desaparición de la primera Internacional desapareció en Inglaterra la fuerza que, en el pensamiento de sus fundadores, debía mantener entre los trade-unionistas la idea de la proximidad de la revolución social y de la necesidad de su preparación por los trabajadores mismos. La lucha cotidiana de los sindicatos locales contra los explotadores ha ocupado el puesto de objetivos más lejanos; es preciso decir que la mayoría de los miembros activos de los sindicatos obreros, actuando día tras día por la organización de esos sindicatos y de sus huelgas, perdían de vista el objetivo final de la organización obrera — la revolución social. Sólo durante los últimos cinco o seis años que precedieron a la guerra se sintió de nuevo una recrudescencia de interés en favor de este problema fundamental — bajo la influencia de un despertar semejante en el mundo entero.

En esa dirección influyeron sobre todo los movimientos sindicales en Francia y en Italia y el despertar observado en los Estados Unidos, en donde, bajo el nombre de "Trabajadores Industriales del Mundo", se desarrolló un movimiento que se dió directamente por finalidad la lucha contra el capital en vista de la *transferencia de toda la industria de manos de los capitalistas a las manos de los productores, unidos en sindicatos poderosos.* Han influído también en esa dirección: la primera revolución en Rusia en 1905, y la situación general y agitada de la vida social en Europa durante los últimos años que precedieron a la guerra. Los horrores que la guerra acaba de hacernos atravesar y sus consecuencias de miseria para el mundo entero, y también la revolución rusa, pondrán sin duda alguna y de frente, ante el mundo entero, la cuestión de la necesidad de una revolución social.

Pero habría que decir de ese movimiento mucho más de lo que puedo expresar aquí. Vuelvo, pues, a las conclusiones a que había llegado al entrar en conocimiento de la vida económica de Inglaterra.

* * *

La *segunda* conclusión a que he llegado es la siguiente: la vida económica actual de los países civilizados está *construída sobre bases erróneas.* La teoría que los sabios economistas preconizan consiste en que los pueblos del globo terrestre se dividen en dos categorías. Unos, gracias a su educación superior, están llamados a ocuparse sobre todo de la producción de las materias de toda suerte (textiles, máquinas de toda especie, motores, etcétera). Los otros, a causa de sus capacidades limitadas, están condenados a producir el alimento para los pueblos de la primera categoría y las materias primas para sus fábricas. Todo curso de economía política enuncia esta teoría; es así como se enriqueció la burguesía inglesa; es así como van a enriquecerse los otros países al desarrollar su industria a expensas de los pueblos atrasados.

Pero un estudio más profundo de la vida económica y de las crisis industriales de Inglaterra y de otros países de Europa nos lleva hacia otra conclusión. *No es posible* enriquecerse como lo ha hecho Inglaterra hasta aquí; ni un solo país civilizado quiere quedar — y no quedará — en la posición de proveedor de materias primas. *Todos* los países aspiran a desarrollar en ellos la industria manufacturera, y todos alcanzan gradualmente ese fin. La educación técnica no puede nunca convertirse en el privilegio de un solo país de otro modo que *subyugando por las armas a los países vecinos* que aspiran a desarrollar en ellos la educación y la industria. En cuanto a la tendencia a subyugarlos con ese fin, tendencia que se ha manifestado durante la última cuarentena de años, y sobre todo en Alemania, llevó al mundo entero a la terrible guerra que ha costado a Europa y a los Estados Unidos *más de seis millones de asesinados y más de diez millones de muertos, de enfermos y de mutilados,* sin hablar de la devastación de Bélgica y del norte de Francia, ni de la destrucción increible de víveres, de carbón, de metales, que faltan hoy a todos los países del mundo civilizado.

Entre tanto, ha surgido un pueblo durante los últimos cincuenta años y ha ocupado su puesto en el seno de la familia de los pueblos civilizados: los Estados Unidos de América del Norte. Ese pueblo ha mostrado que ochenta millones de habitantes pueden llegar a un estado de riqueza y de potencia enormes sin la explotación de otros pueblos, *con sólo desarrollar paralelamente en él la industria y la agricultura, con ayuda de las máquinas, de los ferrocarriles, de los sindicatos libres y de la propagación de la instrucción* (1).

Francia se ha desarrollado también, en parte, en la misma dirección, y esa lección notable dada al mundo ha transformado por completo las teorías de la economía política. *La vía hacia el desenvolvimiento del bienestar de los pueblos se encuentra en la unión de la agricultura y de la industria y no en la subdivisión de los pueblos en pueblos industriales y en pueblos agrarios.* Tal subdivisión llevaría fatalmente a la humanidad a guerras incesantes por el acaparamiento de mercados y de esclavos para la industria.

Yo había estudiado esta cuestión enorme y vital en una serie de artículos, publicados en 1890 a 1893, y luego en libro: *Campos, fábricas y talleres.* Había sido necesario estudiar muchas cuestiones conexas para llegar a ese trabajo y aprender muchas cosas. Pero la más importante de las conclu-

(1) *No podemos dejar pasar esta afirmación de Kropotkin sin expresar nuestro disentimiento fundamental. La idea que se había formado nuestro camarada y maestro de los Estados Unidos está muy lejos de corresponder a la realidad.—N. de R.*

siones fué ésta: *Estamos lejos de ser tan ricos como se creía* cuando, al pasar por las calles de nuestras grandes ciudades, veíamos las casas lujosas de los ricos y sus brillantes carruajes, el lujo insensato de las vitrinas de los grandes almacenes y las muchedumbres ricamente vestidas de los paseantes. Inglaterra es el país más rico del mundo. Pero si se sumase todo lo que recibe de sus campos, de sus minas de carbón, de sus numerosas fábricas, y si se dividiese ese total entre todos sus habitantes en fracciones iguales, no se obtendría más que tres chelines por día y por cabeza y, en ningún caso más de 4 chelines. En cuanto a Rusia se llegaría apenas a 50 kopeks (1 chelín) por cabeza y por día.

Se sigue de ahí, pues, que la revolución social, en cualquier lugar que estalle, deberá considerar como su primer deber y desde sus primeros días, el del *aumento* considerable de su producción. Los primeros meses de la emancipación aumentarán inevitablemente el consumo de víveres y de todas las mercaderías y, simultáneamente, la producción disminuirá; por otra parte, todo país en revolución social será rodeado de un círculo de vecinos poco amistosos o enemigos. "¿Cómo podremos vivir entonces, si las dos terceras partes del pan de que Inglaterra tiene necesidad son importadas del extranjero?" me preguntaban más de una vez los camaradas ingleses. "¿Cómo podrán marchar nuestras fábricas para comprar pan si no tenemos materias primas entre nosotros?" *Y tenían razón.* Cuando les hice el balance de las reservas que se encontraban en Inglaterra — de lo que se podría llamar el fondo de reserva de un país en caso de revolución, — la conclusión a que llegué era más bien desconcertante. Inmediatamente después de la cosecha existe una reserva de trigo para tres meses; pero desde enero esa reserva queda reducida para seis semanas. De algodón no hay para más de tres meses, con frecuencia para seis semanas solamente. Y así pasa, con tanta más razón, con todos los productos secundarios necesarios para las diversas industrias (como por ejemplo el manganeso para el acero). En una palabra, la Inglaterra industrial vive, con reservas insignificantes, casi al día.

Pero Inglaterra no es la única que vive así; todos los pueblos, en las condiciones actuales de la economía capitalista, viven igualmente. No hace largo tiempo aun que Rusia atravesó una serie de hambres crueles durante las cuales sufrían decenas de millones de sus habitantes. Y ahora más de un tercio de la población de Rusia y de Siberia está *siempre* en la miseria y hasta carece de pan durante tres o cuatro meses al año, — sin hablar de la insuficiencia de todos los otros productos, de su instrumental rústico primitivo, de su ganado medio hambriento, de la ausencia de abonos y de la falta de conocimientos.

En una palabra, dado que hasta aquí una buena tercera parte de la población de todos los países de Europa vive en la miseria y sufre por la falta de vestidos y de lo demás, la revolución producirá inevitablemente un *consumo acrecentado.* La demanda de todos los productos aumentará mientras que la producción disminuirá y al fin de cuentas se llegará al hambre — hambre en todo, como es hoy el caso de Rusia. No hay más que un solo medio para evitar tal hambre. Debemos comprender todos que en cuanto comience un movimiento revolucionario en un país, la sola solución razonable consistirá en que los obreros de las fábricas y de los talleres, los campesinos y todos los ciudadanos también tomen desde el principio del movimiento toda la economía nacional en sus propias manos, que la organicen ellos mismos y dirijan sus esfuerzos hacia un aumento *rápido* de toda la producción. Pero *no estarán convencidos de esta necesidad* más que cuando todas las preocupaciones generales concernientes a la economía nacional, hoy reservadas, gracias al antiguo hábito, a toda una multitud de ministros y de comités, *sean presentadas bajo una forma sencilla ante cada ciudad, ante cada fábrica y cada taller como cosas propias de ellos,* cuando en fin sean dejadas a la gestión de los interesados.

* * *

Es así como el estudio de la vida real de los pueblos nos lleva inevitablemente a la conclusión que *todos* los pueblos deben esforzarse por dar un desenvolvimiento poderoso y llevar a un perfeccionamiento de la agricultura, por un lado, — por medio de un cultivo intensivo del suelo, — y simultáneamente de la industria manufacturera. Es en esa dirección donde se encontrará la probabilidad del progreso y del éxito en la emancipación del trabajo del yugo del capital. No puede haber pueblos destinados a servir a los otros. Es en eso y también en la comprensión del hecho que es imposible llevar a cabo una revolución social por la dictadura, donde está la piedra angular de todo el edificio. Construir sin ella significaría construir sobre la arena.

Los reformadores han fijado demasiado poco la atención, hace treinta o cuarenta años, sobre este aspecto de la vida. Hoy, sin embargo, después de las lecciones crueles de la última guerra, debería ser claro para todo hombre serio y en especial para todo obrero, que tales guerras, y hasta más crueles aún, serán *inevitables en tanto que algunos países se consideren destinados a enriquecerse por la producción de materias manufacturadas y se repartan entre ellos los países atrasados,* a fin de que estos últimos proporcionen las materias primas, mientras que ellos acumularán las riquezas a cuenta del trabajo ajeno.

Más aún. Tenemos el derecho a afirmar que la reconstrucción de la sociedad sobre una base socialista será imposible mientras la industria manufacturera y, por consiguiente, el bienestar de los obreros de las fábricas, estén fundados, como lo están hoy, sobre la explotación de los campesinos de su propio país o de otros países.

No hay que olvidar que no son, en el presente, los capitalistas los únicos que explotan el trabajo ajeno y que son "imperialistas". No son los únicos que aspiran a conquistar en Europa, en Asia, en Africa y en otras partes la mano de obra barata para la obtención de materias primas. A medida que los trabajadores comienzan a participar en la gestión política, el contagio del imperialismo de conquistas les ataca también. En la última guerra, los obreros alemanes, lo mismo que sus amos, habían aspirado a conquistar para ellos una mano de obra menos cara — hasta en Europa, es decir en Rusia y en la península balcánica, tanto como en el Asia Menor y en Egipto; y también ellos consideraban necesario aplastar a Inglaterra y a Francia, que les impedían hacer esas conquistas; por su parte, los obreros franceses e ingleses se mostraban llenos de indulgencia para conquistas

semejantes de parte de sus gobiernos en Africa y en Asia.

Está claro que, en esas condiciones, hay que prever todavía una serie de guerras para los países civilizados — guerras más sangrientas y más salvajes aún — si esos países no realizan en ellos una revolución social y no reconstruyen su vida sobre bases nuevas y más sociales. Toda Europa y los Estados Unidos, a excepción de la minoría que explota, sienten esa necesidad.

Pero es imposible realizar tal revolución por medio de la dictadura y del poder estatista. Sin una amplia reconstrucción procedente de abajo a arriba — efectuada por los obreros y los campesinos mismos — la revolución social será condenada a la bancarrota. La revolución rusa lo ha confirmado de nuevo, y es preciso esperar que esa lección será comprendida: que en todas partes, en Europa y en América, se intentarán esfuerzos serios para crear, en el seno de la clase trabajadora, — campesinos, obreros e intelectuales —, los cuadros de la revolución futura, no obedeciendo órdenes de arriba, sino mostrándose capaz de elaborar por sí mismos las formas libres de toda la nueva vida económica.

5 de diciembre de 1919.

El mundo en cifras

—

La natalidad y la mortalidad en Francia. — Las cifras de la natalidad y de la mortalidad en Francia, por cada mil habitantes, son las siguientes:

Año	Nacim.	Mort.
1811-1820	31,8	26,1
1821-1830	31,0	25,2
1831-1840	29,0	24,8
1841-1850	27,4	23,3
1851-1860	26,3	23,9
1861-1870	26,3	23,6
1871-1880	25,4	23,7
1881-1890	23,9	22,1
1891-1900	22,2	21,5
1901-1910	20,6	19,4
1911	18,6	19,4
1912	18,9	17,5
1913	18,8	17,7
1914	18,0	17,6
1915	11,3	19,1
1916	9,4	18,1
1917	10,4	18,6
1918	12,1	23,8
1919	12,3	18,5
1920	21,3	17,2
1921	20,7	17,7
1922	19,3	17,7
1923	19,2	16,9
1924	19,2	17,3
1925	19,6	18,1

Las cifras transcritas testimonian que Francia es uno de los países menos prolíficos de Europa; las cifras de su movimiento demográfico contrastan con la prolificidad de Italia, que representa en Europa lo que la Argentina en el mundo con su riqueza pecuaria. La Argentina es un país exportador de ganado para el consumo. Italia es un país exportador de brazos, de carne de explotación. Y la salvación de Francia desde el punto de vista de su escasa fecundidad está en Italia y también en España.

Pero las cifras del movimiento demográfico en Francia ponen también en evidencia que el neomalthusianismo o la prolificidad no influyen ni en la situación económica ni en la situación moral y política del proletariado. Tan esclavo es el obrero francés sin hijos o con muy pocos como el obrero italiano o el español cargado de ellos.

—

El trabajo infantil en los Estados Unidos. — Según una publicación de la "National Industrial Conference Board" (New York, 1925) las cifras relativas a 1920 fijan el número de los asalariados menores de 16 años en 1.060.858, o sea un 2,55 por ciento de la población obrera y un 8,5 por ciento del número total de los niños de esa edad. En 1910 el número de los menores de 16 años asalariados se elevaba a 1.990.225, o sea una disminución de un 45,7 por ciento, cuando la población total de esa edad aumentó su número en un 15,5 por ciento solamente.

En diez años decreció mucho el trabajo infantil en los Estados Unidos; hay que ver en eso un efecto de la situación económicamente próspera del país y de los altos salarios. Pero, sin embargo, ¡qué tragedia no representan ese millón de menores de 16 años empleados en la industria! Es el reverso de la medalla que se nos muestra al hablar de la civilización norteamericana...

De la vida de una gran ciudad. — Las estadísticas oficiales de Londres sobre los accidentes callejeros en 1926, dan cuenta de que los vehículos causaron la muerte a 4.886 personas, de las 138.774 que resultaron accidentadas.

BIBLIOGRAFIA

—

J. R. Forteza. — *Rafael Barrett, su vida, su prédica, su moral.* Un vol. de 124 págs. en 8°, Editorial Atlas, Buenos Aires, 1927. Precio: 1 peso.

Dr. Julio Carret. — *Demostración de la inexistencia de dios.* Trad. de J. Prat. Editorial *Ni dios ni amo*, Aguascalientes, México, 1926. 48 págs.

F. S. Suñé. — *Cartilla de Pedagogía social para obreros y patrones.* Barcelona, 1926, 8 páginas.

G. Damiani. — *La Palla e il Galeotto, farsa tragica.* Edizioni di *Fede*, Roma, 1927. 35 págs. Precio: 30 centavos.

—

Cultura Proletaria. Periódico de ideas, doctrina y combate. Año 1, vol. 1, 12 de marzo de 1927, New York.

Volontá, settimanale volontista. Direttore, Mario Mariani. Anno I, N°. 2, 20 de marzo de 1927, París.

Librería LA PROTESTA

PERU 1537 — Buenos ires

JEAN MARESTAN.—

La Educación Sexual . . . . . " 1.60
Encuadernado . . . . . " 3.—

ELISEO RECLUS.—

La Montaña . . . . . " 0.80
Encuadernado . . . . . " 2.50
El Arroyo . . . . . " 0.80
Encuadernado . . . . . " 2.50

LUIS FABBRI.—

Crítica Revolucionaria . . . . . " 0.80
Encuadernado . . . . . " 2.50

COLECCION "INQUIETUD
(A 0.50 el tomo)

MAXIMO GORKI
I *Páginas de un Descontento.*
ELISEO RECLUS
II *Evolución y Revolución.*

OCTAVIO MIRBEAU
III *La Guerra.*

PEDRO KROPOTKIN
IV *Ensayos sobre Moral.*

WLADIMIRO KOROLENKO
V *En Siberia.*

RICARDO MELLA
VI *La Coacción Moral.*

HENRY IBSEN
VII *Un Enemigo del Pueblo.*

MAX NETTLAU
VIII *Crítica Libertaria.*
GUY DE MAUPASSANT
IX *Bola de Sebo.*

EDWARD CARPENTER
X *Estudios Sociológicos.*

MIGUEL BAKUNIN.—

La Revolución Social en Francia.—Tomo primero. Prólogo de Max Nettlau. Un vol. de 328 págs. en 8°. . . . $ 1.50
Encuadernado en tela . . . . . " 3.50
La Revolución Social en Francia.—Tomo segundo. Prólogo de Max Nettlau. Un vol. de 287 págs. en 8°. . . . " 1.50
Encuadernado en tela . . . . . " 3.50
Consideraciones Filosóficas. —Prólogo de M. Nettlau. Un vol. de 350 páginas en 8°. . . . . " 1.50
Encuadernado en tela . . . . . " 3.50

PEDRO KROPOTKIN.—

Conferencias. — I: *El Estado, su rol histórico.. — El Estado Moderno.* Un vol. de 146 págs. . . . . " 0.50
Encuadernado en tela . . . . . " 1.50

Almanaque de "La Protesta" para el año 1927 . . . . . $ 0.50

ERRICO MALATESTA.—

En el Café. Prólogo de L. Fabbri. 108 páginas . . . . . " 0.30

RICARDO MELLA.—

Ideario. Prólogo de J. Prat. 332 págs. en 4°., con retrato del autor. — Gijón. (Encuadernado en tela) . . . " 4.—

D. ABAD DE SANTILLAN.—

Ricardo Flores Magón, el apóstol de la revolución social mexicana. Con un prólogo de Librado Rivera. Un vol. de 132 págs. en 8°. . . . . " 0.80

C. LOMBROSO Y R. MELLA.—

Los Anarquistas (Estudio y réplica). Un vol. de 166 págs. en 8°. . . . " 1.—

MAX NETTLAU.—

Miguel A. Bakunin. Un esbozo biográfico. 32 págs. en 8°. . . . . " 0.20
Miguel A. Bakunin, la Internacional y la Alianza en España (1868-1873), 132 págs. en 8°. mayor . . . . . " 0.50
Edic. especial, papel pluma . . . " 1.—
Encuadernado en tela . . . . . " 2.50
Errico Malatesta, la Vida de un Anarquista. Trad. de D. A. de Santillán. 262 págs. en 8°. . . . . " 1.20
Edición especial, papel pluma . . " 2.—
Encuadernado en tela . . . . . " 3.50

E. L. ARANGO Y D. A. DE SANTILLAN

El Anarquismo en el Movimiento Obrero. Un vol. de 202 págs. en 8°. . . " 0.80
Encuadernado en tela . . . . . " 2.30

R. FLORES MAGON.—

Semilla Libertaria. 2 tomos de 176 y 214 págs. en 8°. . . . . " 1.60
Sembrando Ideas. Un vol. de 98 págs. en 8°. . . . . " 0.40
Rayos de Luz. Diálogos relacionados con las condiciones sociales de México . " 0.40
Epistolario Revolucionario e Intimo. Tres tomos en un volumen . . . . . " 0.90

PRAXEDES G. GUERRERO.—

Artículos Literarios y de Combate. Pensamientos, crónicas revolucionarias, etcétera. Un vol. de 108 págs. . . " 0.50

LEON TOLSTOI.—

¿Qué Hacer?. Trad. de G. Kult. 22 págs. " 0.80

RUDOLF ROCKER.—

Ideología y Táctica del Proletariado Moderno. Trad. de D. A. de Santillán. Un vol. de 240 págs. . . . . " 1.20

¡APARECIO!

JOHANN MOST

LA VIDA DE UN REBELDE

Por Rudolf Rocker

2 tomos de 350 págs. cada uno, $ 1.50 cada tomo

Se atienden pedidos

Obra fundamental para el conocimiento de la historia revolucionaria del proletariado moderno

Algunos juicios sobre la obra

"Este libro es infinitamente más que una mera biografía del incansable y firme rebelde y agitador Johann Most. Es una obra histórica que describe con gran atención y exactitud la actividad del ala heroica del período revolucionario de los comienzos del movimiento alemán radical, en Austria y en Alemania, sin perderse en pequeñeces y cuestiones accesorias, que a menudo hacen ilegible la obra histórica más detallada. Este libro, a pesar de la materia seria y a menudo trágica, en su lenguaje sencillo y que evita todo lo superabundante, está de tal manera hecho, que nadie que se interese por esa materia dejará a un lado la obra sin leerla completamente". (Arnold Roller, en el *New Yorker Volkszeitung*).

"El autor ha recogido diligentemente un gran material, no sólo sobre Most mismo, sino sobre todo el anarquismo alemán de la época de la ley contra los socialistas, y se ha esforzado por elaborarlo objetivamente siempre que no se trate de la oposición entre anarquía y socialdemocracia, sino de divergencias dentro del anarquismo mismo..." (Karl Kautsky en *Die Gesellschaft*, Berlín).

El "Johann Most" de Rocker es más que una sentida biografía de ese vigoroso revolucionario vienés se ha convertido casi en una historia del moderno movimiento anarquista, y como tal nos enriquece con algunos detalles característicos sobre personalidades como John Neve, Reinsdorf, Peukert, etc." (Paul Kampffmeyer, en el *Vorwaerts*, Berlín).